

LING MA

LIQUIDACIÓN



NOVELA

LING MA
LIQUIDACIÓN

Traducción de Munir Hachemi

Titulo original: *Severance*

© Ling Ma, 2018

Publicado originalmente en inglés por Farrar, Straus and Giroux

© por la traducción, Antonio Munir Hachemi, 2020

Corrección de estilo a cargo de M. Roser Macià Alcaide

© Editorial Planeta, S. A., 2020

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2020

ISBN: 978-84-9998-818-4

Depósito legal: B. 11.133-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El Final no te da tiempo para que te prepares, sobreviene sin previo aviso. Tiene la forma de algo cotidiano. Había ido a Greenpoint a ver a mi novio nada más salir del trabajo. Me gustaba quedarme allí en las cálidas noches de verano porque vivía en un sótano oscuro y fresco. Hacíamos la cena: sofritos veganos con arroz. Nos duchábamos y veíamos una película proyectada en su pared.

Ese día tocaba *Manhattan*. Yo no la había visto y, aunque la diferencia de edad entre Woody Allen y Mariel Hemingway me daba un poco de grima, me gustaron las tomas iniciales de Nueva York con la música de Gershwin, y también la escena en la que Woody Allen y Diane Keaton se quedan atrapados bajo la lluvia en Central Park y buscan refugio en el Museo de Historia Natural, húmedos y a cobijo en la oscuridad cavernosa del planetario. Viéndola en la pantalla, Nueva York me parecía una ciudad desconocida, y volví a verla como la había visto en el instituto: romántica, desaliña-

da, aún sin gentrificar del todo, llena de promesas. Tras haber pasado allí cinco años, sentí nostalgia más por su imagen que por la verdadera Nueva York. Cuando la película terminó y apagamos las luces, nos tumbamos en su colchón, y pensé que Nueva York es probablemente el único lugar donde, en cierto sentido, todo el mundo ha estado ya, gracias al imaginario común, antes de poner un pie en la ciudad.

Estaba contándole algo así a la masa informe que yacía a mi lado en la oscuridad cuando dijo:

—Escúchame. Mírame. Tengo algo que decirte.

Se llamaba Jonathan y le gustaba salir de fiesta. Bueno, no tanto. Se llamaba Jonathan y tenía los bolsillos agujereados. Sus posesiones eran un portátil, una cafetera y un proyector; el resto se le iba en pagar el alquiler. Comía aire y polvo. Estábamos juntos desde hacía más de cinco años, más o menos el mismo tiempo que yo llevaba trabajando. Jonathan no estaba hecho para un empleo de ocho horas. Sobrevivía con las faenas que le encargaban y así podía dedicar el resto del tiempo a escribir. Libre de otras obligaciones, vivía con poco y trabajaba solo cuando le hacía falta. Una vez lo contrataron en un club secreto de Wall Street para abofetear a hombres de mediana edad. En ese tiempo yo apretaba su cara entre mis manos, su cara forjada en la preocupación, su ansiedad insaciable.

—Vale —dije—. ¿Qué pasa?

Se quitó el aparato dental de la boca. No lo colocó en la taza que tenía en el suelo, así que iba a ser una conversación corta. Dijo:

—Me voy de Nueva York.

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado la película?

—Estoy hablando en serio. Tómate las cosas en serio por una vez.

—Yo siempre hablo en serio —dije, impávida—. ¿Cuándo te vas?

Calló durante un momento.

—En un mes. Thom va a navegar a...

Me acomodé en mi asiento, intentando mirarlo, aunque mis ojos se resistían.

—Espera, ¿qué estás diciendo?

—Que me voy de Nueva York.

—No. Lo que estás diciendo es que cortas conmigo.

—Eso no es... —Me miró—. Vale. Estoy cortando contigo.

—Pues asúmelo.

—No es por ti.

—Vale.

—No, no es por ti —dijo tomando mi mano—. Es este lugar, esta ciudad y lo que hace con las personas. Ya hemos hablado de esto.

Durante el año pasado, Jonathan se había ido desencantando cada vez más de la vida en Nueva York. Algo así como: «Nueva York, puta Nueva York, aburrida, tediosa, con unos encantos tan ilusorios como su pátina de autenticidad». Las colas eran larguísimas. Todo constituía un símbolo de estatus y todo era muy caro. Había demasiados consumidores de tendencias que hacían cola a lo largo de manzanas enteras para *experimentar* un postre de moda, la última exposición efectista en una galería o una tienda conceptual recién inaugurada. Todos nos preocupábamos por ese tipo de decisiones irrelevantes sobre nuestro estilo de vida. Todos, incluida yo.

Yo. Para mí no había nada único, nada que me importara demasiado. Tenía un trabajo de oficina y daba vueltas con mi cámara cuando la luz de la luna bañaba Gowanus. O algo así, las formas típicas de justificar tu vida, de pasar el tiempo.

Con el dinero que ganaba compraba exfoliantes de Shiseido, café de la marca Blue Bottle, *cashmeres* de Uniqlo.

¿Cómo se llama el cruce entre un *yuppie* y un *hipster*? *Yupster*. Cortesía del Urban Dictionary.

Dijo:

—Tú también deberías irte de Nueva York.

—¿Por qué debería?

—Porque odias tu trabajo.

—No lo odio. Está bien.

—Dime una sola vez, una sola, en que lo hayas disfrutado.

—Todos los viernes por la tarde.

—Exacto.

—Estoy de coña. Ni siquiera sabes qué hago, o al menos no exactamente.

—Trabajas en una productora editorial. Supervisas la fabricación de libros en países del tercer mundo. Corrígeme si me equivoco.

Llevaba en Spectra casi cinco años. Trabajábamos con editoriales que nos pagaban para coordinar la producción de libros que subcontratábamos a empresas del Sudeste asiático, sobre todo chinas. El nombre «Spectra» pretendía dar a entender el amplísimo abanico de productos editoriales que éramos capaces de fabricar: Libros de Cocina, Libros Infantiles, Material de Papelería, Libros de Arte, Regalos y Especialidades. Yo trabajaba en Biblias. La empresa tenía un gran poder de compra, así que ofrecíamos precios aún más baratos que los que los editores podían conseguir por sí mismos, reduciendo los costes laborales en el extranjero. Obviamente, Jonathan despreciaba lo que yo hacía. Tal vez yo también lo despreciaba.

Cambié de tema.

—¿Adónde te vas? ¿Y cuándo?

—En algún momento del mes que viene. Voy a ayudar a Thom a navegar en su yate. La idea es terminar en el Estrecho de Puget.

Me burlé de él. Thom *era* Wall Street, un cliente del club en el que Jonathan trabajó una vez. Dije:

—Vale... Thom no es la clase de persona que se prenda de ti sin esperar algo a cambio.

—Piensas así porque vives en una economía de mercado.

—¿Y tú no?

No dijo nada.

—A veces —dije—, me da la impresión de que me echas en cara que no sea más como tú.

—¿Estás de broma? Eres mucho más parecida a mí de lo que crees.

En la oscuridad podía verlo guiñarme el ojo de forma agridulce.

—¿Quieres hacer un rollo de sumo? —me dijo.

El rollo de sumo era lo siguiente: él rodaba por la cama y, al alcanzarme, comprimía su cuerpo contra el mío, vientre con vientre, hasta que yo me hundía en el colchón, destruida. Entonces él se apartaba. Se repetía hasta que yo convulsionaba de tanto reírme.

—No, no quiero hacer un rollo de sumo —dije.

—¿Lista?

Se puso encima de mí y dejó caer su peso de un modo feroz, hundiéndome en la ropa de cama. Podía ser muy pesado cuando quería. Apreté los puños y los ojos.

Puse mi cuerpo rígido como una tabla, inhóspito. Poco a poco sentí cómo aflojaba. Lo sentí parar. Él podía sentir cómo temblaba. Puso su palma dura y seca en mi frente, como si le tomara la temperatura a un enfermo.

—Deja de llorar —dijo—. No llores. Porfa.

Me ofreció agua, pero yo me levanté y saqué una botella de Evian de mi bolso. Me senté al borde del colchón y di unos sorbos breves e inútiles.

—Tumbate, anda —dijo—. ¿Te quieres tumbar a mi lado?

Me tumbé a su lado. Ambos estábamos boca arriba, mirando al techo.

Jonathan rompió el silencio. Con voz trémula, dijo que ahora podía ver el futuro con claridad. «El futuro son alquileres más abusivos. Son más condominios, más viviendas de lujo compradas por empresas pantalla de las élites globales. El futuro son más Whole Foods, pasillos de fruta refrigerada, cortada y envasada en plástico. El futuro son más Urban Outfitters, más Sephoras, más Chipotles. El futuro solo quiere más consumidores. El futuro son más graduados universitarios y turistas perdidos en una búsqueda infructuosa de autenticidad. El futuro son más cervezas Pabsts con los precios hinchados en simulacros de antro». Algo algo Rousseau algo. «Manhattan se hunde.»

—¿Cómo? ¿Literalmente? ¿Por el cambio climático? —le vacilé.

—No te rías de mí. Y sí, literal y figuradamente.

La cosa es que yo no discrepaba de lo que me decía. Era un lugar en el que no se podía vivir. Mi sueldo solo alcanzaba para mantenerme a flote mes a mes. Dado el coste de mi alquiler y mi falta de destreza financiera, apenas disponía de ahorros, y ni hablar de fondos de pensiones. Había muy poco que me mantuviera allí. No tenía propiedades. No tenía familia. Los precios me habrían expulsado de cualquier barrio en una década.

Pero como ya había oído todo eso antes, empecé a desconectar y a pensar en lo que haría después. Cuando me dio la patada me di cuenta de que me estaba preguntando algo.

Preguntaba si yo me planteaba la idea de abandonar Nueva York con él.

—¿Qué haríamos? —pregunté.

—Viviríamos juntos y buscaríamos trabajos a tiempo parcial —dijo—. Yo escribiría y terminaría mi libro. Tú también podrías dedicarle tiempo a tu arte. Podría hacerte un cuarto de revelado para las fotos.

—¿Se puede hacer un cuarto de revelado en un barco?

—Bueno, no durante el viaje. Pensaba en lo que haríamos más tarde. Podríamos instalarnos en Oregon. Aún hay algunas zonas baratas en el noroeste rural, junto al Pacífico.

—Supongo que sería una fotografía de paisajes —dije con sequedad.

El techo vibró con los bajos de un tema de *rythm & blues*. Había llegado el momento de la noche en que el vecino de arriba se refugiaba en canciones tristes con buenos *beats*. Yo no pensaba mucho en mis fotos. Cuando me mudé abrí un blog llamado *NY Ghost*, el fantasma de Nueva York. Consistía sobre todo en fotos de la ciudad. La idea era mostrar aspectos nuevos y desconocidos de Nueva York desde la perspectiva de un extraño, pero al mirar atrás me parecían estereotipadas y convencionales: *diners* bañados por el neón, calles contaminadas, vagones de metro llenos de gente cansada, personas sentadas en verano en las escaleras de incendios... Básicamente, variaciones de una iconografía preexistente de Nueva York que invadía calendarios, comedias románticas, *souvenirs* y bancos de imágenes *online*. Podrían haber sido expuestas en las habitaciones de cualquier hotel para hombres de negocios. Incluso aquellas con mejores composiciones no eran más que imitaciones de Eggleston o derivados de Stephen Shore. Por esa y otras razones apenas actualizaba ya el blog. De hecho, apenas sacaba fotos.

—¿Lo pensarás al menos? —preguntó Jonathan.

—No soy artista.

—Me refiero a mudarte conmigo.

—Tú ya has decidido mudarte. Seamos sinceros: lo de invitarme a ir contigo se te ha ocurrido ahora.

—No pensé que fueras a venir aunque te lo pidiera —dijo con tristeza.

La canción terminó y volvió a empezar. El vecino la tenía puesta en bucle. Dios. Me sonaba, pero no podía decir cuál era.

Hablamos hasta que nuestras voces enronquecieron, volviéndose profundas, rompiéndose, fisurándose. Duró hasta la madrugada. Nuestros cuerpos se retrajeron, lejos del otro, como hojas secas al final del verano.

Me vino mientras dormía. Me refiero al nombre de la canción: *Who Is It*. Michael Jackson. Mi madre la ponía en el coche cuando yo era una niña. Le encantaba conducir. Conducía a la deriva por las largas autovías de Utah durante tardes enteras, mientras mi padre estaba en el trabajo y yo aún era demasiado pequeña para quedarme sola. Íbamos a otros pueblos solo para comprar una docena de huevos o un brik de mezcla de leche y nata que ella confundía con un cartón de leche. Tenía seis años, y apenas llevaba unos meses en Estados Unidos; estaba recién trasplantada desde Fuzhou. Aún me sorprendían la variedad y la abundancia de los supermercados, los kilómetros de cajas y botellas iluminadas por luz fluorescente. Los supermercados eran mi cosa favorita de América. Conducir era la de mi madre, y lo hacía muy a la americana: rápido y antes de la hora punta, pasando de largo cañones famosos (Cathedral Canyon, Red Rock Canyon...) mientras su pelo largo y negro ondeaba al viento como en las películas. «¿Para qué mudarse a América

si no puedes conducir?», decía, siempre sin aminorar mientras viraba hacia señales de stop, rampas de salida y semáforos.

Me levanté con la sensación de estar resfriada. La cabeza me pesaba y me dolía la garganta. La luz se colaba por las persianas, sobre nosotros, y yo oía pasos en la calle. Supe de inmediato que me había quedado dormida. La alarma no había sonado e iba a llegar tarde. En el pequeño baño, las tuberías oxidadas maldijeron a través de la llave del agua fría. Me lavé los dientes y la cara. Me puse la ropa de trabajo del día anterior: una falda de tubo y una camisa de botones.

Jonathan seguía dormido, envuelto en sábanas grises y raídas. Lo dejé allí.

Fuera, el aire estaba demasiado frío para una mañana de julio. Caminé encogida por el sótano y crucé la calle para pedir un café en la pastelería polaca. La mujer tras el mostrador preparaba una bandeja de algo. Dónuts de sidra. El vapor que exhalaban empañaba las ventanas. Todos los peatones de Greenpoint vestían ropa abrigada, otoñales cuadros rojos y adornos de franela gruesa y lustrosa, aunque era verano. Por un momento me pregunté si no habría dormido durante meses. Tal vez me había escapado del trabajo al estilo de *Rip Van Winkle*.¹ Encontraría a otra persona sentada en mi oficina y mis pertenencias en una caja. Volvería a mi estudio y habría alguien viviendo allí. Empezaría de cero.

(1) *Rip Van Winkle* es un relato del autor estadounidense Washington Irving publicado en 1819, así como de su protagonista, un holandés-estadounidense que se queda dormido en las montañas de Catskill y despierta veinte años después. Al despertar descubre que ha quedado del todo ajeno al transcurso de un acontecimiento histórico: la Revolución que condujo a la independencia de Estados Unidos. (N. del T.)

Caminé hasta el tren J mientras pensaba en excusas. Podía decir que me había quedado dormida, pero ya la había usado demasiadas veces. Podía decir que había habido una emergencia familiar, pero mis jefes sabían que mis padres estaban muertos y que no tenía más parientes en Estados Unidos. Podía decir que me habían entrado a robar, pero era exagerar demasiado. Además, eso también había ocurrido ya. Se lo llevaron todo, incluso me dejaron sin sábanas. Más tarde, alguien me dijo que ya era oficialmente una neoyorquina, como si eso fuera un motivo de orgullo.

Miraba el agua gris del East River mientras el J cruzaba el puente de Williamsburg cuando decidí que me limitaría a decir que estaba enferma. Parecía enferma. Tenía los ojos medio cerrados por la hinchazón y las ojeras. Me había granjeado fama de persona frágil pero capaz. Callada, siempre soñando despierta. Casi siempre diligente, aunque a veces inconsistente o mustia. Pero también algo más, algo implacable: me faltaban ciertas destrezas elementales. Mi risa nerviosa, que sonaba a gárgaras de grava, era un problema a la hora de socializar. Me saltaba demasiadas fiestas de oficina. Me mantenían en nómina por mis prolíficos resultados y porque nunca dejaba de aceptar tareas. Desde que llegué a la empresa, cuando me concentraba mostraba una capacidad obsesiva para la minuciosidad, para no dejar un cabo suelto.

En Canal cambié a la N para seguir hacia Times Square. Cuando salí a la superficie, lloviznaba. Las oficinas acristaladas de Spectra, ubicadas en los pisos treinta y uno y treinta y dos de un edificio de mitad de siglo, se encontraban a unas pocas manzanas de distancia. La lluvia hacía que se desperdigaran las densas congregaciones de turistas que yo iba esquivando por Broadway, y que me daban de vez en

cuando en las rodillas con sus bolsas del Sephora y de la Disney Store. Un saxofonista callejero estaba entregado a su interpretación de *New York, New York*. Tenía los ojos cerrados. La multitud que se congregaba a su alrededor parecía emocionada, si no por lo bien tocada que estaba la canción —lo que era difícil de percibir, dado que el rugido de los trenes que pasaban bajo nuestros pies opacaba el sonido del saxofón—, por su expresión de dolor, una pena que parecía auténtica y no parte de la actuación. Cuando la canción terminó, vació los dólares de su vaso de Starbucks y miró hacia arriba, directamente hacia mí. Me alejé avergonzada.

—Llegas tarde —dijo Manny, el portero. Estaba sentado tras el mostrador de recepción, limpiándose las gafas con el mismo limpiacristales Windex que usaba para sacarle brillo a la puerta giratoria cada mañana y cada tarde.

—Estoy mala —le dije.

—Toma. Para tu salud. —Sacó un vaso de arándanos de un cajón y agarré un puñado.

—Gracias.

Manny siempre traía frutas maravillosas al trabajo. Mangos, lichis pelados, piña en dados con una pizca de sal por encima. Siempre que le preguntaba de dónde la sacaba, se limitaba a responder que no era de un Whole Foods.

—No estás mala —dijo, poniéndose las gafas.

—Estoy enferma —mantuve—. Mírame a los ojos.

Sonrió.

—No sabes lo fácil que lo tienes. —Lo dijo sin malicia, pero dolió de todas formas.

Me subí al ascensor fingiendo que su comentario no me había herido.

Cuando desembarqué en el piso treinta y dos y pasé mi

tarjeta de empleada por las amplias puertas de cristal, me encontré con que las salas principales estaban vacías. También los cubículos. Las grandes oficinas de los vicepresidentes ejecutivos frente a las que cruzaba todas las mañanas, hechas de vidrio como para sugerir transparencia corporativa, también permanecían vacías. ¿Se me había pasado alguna reunión? Mis talones se hundían en la alfombra de felpa recién aspirada. Eran casi las once. Seguí el estrépito que venía del salón principal y fui a parar al atrio.

Estaban en mitad de una reunión. Con «estaban» me referí a todos. Los aproximadamente doscientos empleados de Spectra se arremolinaban en torno a la escalera acristalada que conectaba los pisos treinta y uno y treinta y dos. El CEO, Michael Reitman, hablaba por un micrófono desde la escalera. Junto a él se encontraba Carole, la directora de Recursos Humanos, a quien reconocí por su corte de pelo estilo bob, que transmitía seriedad.

Michael estaba rematando un discurso. Dijo: «Spectra son sus empleados, y nos tomamos vuestra salud muy en serio. Dado que nuestro negocio reside en la contratación de proveedores internacionales, especialmente del sur de China, estamos tomando medidas de precaución relacionadas con las noticias sobre la Fiebre Shen. Trabajamos en coordinación con el Departamento de Salud del Estado de Nueva York y los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades. En las próximas semanas os mantendremos al corriente de cualquier novedad orientada a preservar vuestra seguridad. Agradecemos vuestra cooperación».

Se oyó un leve aplauso. Me uní al rebaño de la forma más discreta que me fue posible. Mientras escaneaba la concurrencia en busca de una cara amiga, me encontré con la mirada de Blythe. Había trabajado en Biblias, pero desde que la

transfirieron a Libros de Arte había empezado a hacer como si yo no existiera. Decidí probar suerte.

—Hey —dije colándome hacia ella—. ¿Qué pasa?

—Miedo por la salud pública.

Me pasó un folleto con el membrete de Spectra. Se titulaba «FIEBRE SHEN. FAQ». Lo leí por encima, fijándome solo en las partes más alarmantes:

En sus estadios iniciales, la Fiebre Shen es difícil de detectar. Los primeros síntomas incluyen breves pérdidas de memoria, dolores de cabeza, desorientación, falta de aliento y fatiga. Debido a que estos síntomas suelen confundirse con los de la gripe común, muchos pacientes no saben que han contraído la Fiebre Shen. Siguen siendo funcionales, y pueden ejecutar tareas repetitivas o cotidianas. Pero suelen empeorar.

La sintomatología más grave incluye signos de malnutrición, falta de higiene, hematomas y déficit de coordinación motora. Los movimientos físicos de los pacientes pueden resultar más torpes y esforzados. La Fiebre Shen puede llegar a derivar en una pérdida fatal de conciencia. Desde el momento del contagio, los síntomas suelen desarrollarse durante una o dos semanas, en función de la fortaleza del sistema inmunitario del paciente.

Durante el verano habían hablado de la Fiebre Shen en las noticias, relacionándola con el Nilo Occidental. Tragué saliva, recordando que me había levantado con dolor de garganta. Intenté devolverle el *flyer* a Blythe, pero ya se había alejado.

Carole dio una palmada.

—Bueno, turno de preguntas.

Seth, coordinador sénior de producción en Regalos y Especialidades, levantó la mano. Como si me leyera la mente, preguntó:

—Entonces ¿esto es como el virus del Nilo Occidental o algo así?

Michael agitó la cabeza.

—El Nilo Occidental resulta un símil fácil, pero inadecuado. Ese virus es transmitido por los mosquitos. La Fiebre Shen es una infección fúngica, así que se transmite al inhalar las esporas. Y no es un virus. Salvo en casos de contacto extremo, raramente pasa de persona a persona.

Frances, gerente de producción en Libros de Cocina, fue la segunda persona en levantar la mano.

—¿Esto es una epidemia?

Carole le arrebató el micrófono a Michael para responder.

—En este momento, la Fiebre Shen se considera un brote, no una epidemia. La velocidad de transmisión no es lo bastante alta. Por ahora está contenida.

Lane, coordinadora sénior de producción en Arte, dijo:

—En el folleto que nos habéis dado dice que la Fiebre Shen se originó en Shenzhen, China. ¿Cómo han llegado hasta aquí las esporas?

Michael asintió.

—Buena pregunta. Los investigadores no están seguros de cómo la Fiebre Shen ha llegado a Estados Unidos, pero la teoría más aceptada es que viajó de alguna manera junto a los bienes importados. Por eso el Departamento de Salud se ha puesto en contacto con empresas como la nuestra.

Lane hizo otra pregunta.

—Manejamos montones de prototipos y otras muestras que nos envían nuestros proveedores de China —dijo—. ¿Cómo nos aseguraremos de que no han estado en contacto con el hongo?

Carole se aclaró la garganta.

—El Departamento de Salud del estado de Nueva York

no ha impuesto restricciones laborales. Sin embargo, como sabéis, vuestra salud es nuestra principal prioridad, y la empresa está tomando algunas precauciones. ¿Pueden acercarse los becarios? Estamos repartiendo kits de protección personal a todos los empleados. Por favor, mirad el contenido. Encontraréis herramientas de protección como guantes y mascarillas que podréis usar para manipular los prototipos.

Los becarios fueron pasando con carritos llenos de contenedores de cartón del tamaño de una caja de zapatos. Las cajas lucían el nombre y el logotipo: un prisma. Nos acercamos a los carritos. Nos dieron una a cada uno.

Michael puso fin a la reunión.

—Podéis hacernos llegar cualquier pregunta a mí o a Carole. Revisad vuestro correo para estar al tanto de las novedades.

Nos dispersamos en cuanto recibimos las cajas. Yo me alejé y abrí la mía. Contenía dos juegos de mascarillas N95 y guantes de látex, todo ello impreso con el logo de Spectra. También había aceites esenciales con aspecto *new age*. Abrí el folleto. En él se desgranaban los detalles de un plan de seguros extendido. Por último, al fondo de la caja había algunas barritas nutricionales de una marca para la que habíamos hecho un libro de cocina orientado a convertir las barritas nutricionales en postres.

Abrí una. No había desayunado.

Al otro lado de los ventanales, la ciudad no parecía haber cambiado. El cartel de Coca-Cola brillaba y parpadeaba. Pensé en bajar a por un capuchino antes de revisar mi correo, pero no quería verme obligada a escabullirme de Manny y su mirada enjuiciadora. Unos cuantos empleados hablaban entre ellos. Su voz retumbaba, amplificada por las mascarillas que se habían puesto para hacer la broma.

—Hola otra vez.

Me di la vuelta. Era Blythe.

—He llamado a tu puerta antes —dijo—. Se han puesto en contacto conmigo desde la oficina de Hong Kong para preguntar por el encargo de la Biblia Gemstone. Dicen que te han estado llamando.

Me puse rígida. Es posible que la oficina de Hong Kong llamase para decirme que había surgido algún problema con la fabricación. Seguramente habían llamado a Blythe porque antes era ella quien se encargaba de las biblias.

—Hoy llevo un poco de retraso, pero revisaré mis mensajes —dije finalmente.

Me miró con escepticismo.

—Vale. En nuestro departamento asignamos dos coordinadores de producción para cada libro: uno principal y un ayudante. Ha demostrado ser un método muy útil cuando una de nosotras no está.

Imagino que con «nosotras» se refería al resto de las chicas que trabajaban en Arte. Las Chicas de Arte: piernas de potro, cabellos de lino, menores de treinta, poseedoras de Miu Miu y Prada rebajados y graduadas en Historia del Arte o Audiovisuales, habituales de inauguraciones de galerías, fumadoras de cigarrillos de sabores, rumiantes de canapés. Se conducían como miembros de una raza en peligro de extinción, pavoneándose por los pasillos en bandadas que olían a perfume Fracas de Robert Piget. Trabajaban únicamente en los proyectos más detallistas y que requerían de los mejores diseños: libros decorativos o catálogos de exhibiciones de arte con miltones de matices de color. Sus clientes eran galerías, museos y, sobre todo, las grandes editoriales de arte: Phaidon Rizzoli y Taschen. Se llamaban Lane, Blythe y Delilah. Todas querían ser una Chica de Arte. Yo también quería ser una Chica de Arte.

—Me ocuparé de ello —repetí de forma automática—. ¿Han dicho los de Hong Kong qué pasa con la Biblia Gemstone?

Miró hacia otra parte, avergonzada por mi necesidad de saber los detalles.

—No lo han dicho. Mencionaron que querrían una respuesta de la editorial New Gate hoy mismo, a ser posible. —Dicho eso, se dio la vuelta y se fue.

Volví al Departamento de Biblias. Abrí la puerta de mi despacho, la cerré, dejé caer mis cosas y suspiré con alivio.

Mi oficina era pequeña, del tamaño de un armario de suministros, con una ventanita. Podía cerrar la puerta y la ventana y quedarme sin las vistas de Times Square, aunque los sonidos seguían penetrando. En los tiempos en que Total Request Live aún se emitía, durante mi primer año en Spectra, en 2006, los chillidos de los adolescentes que venían de fuera de Manhattan a los estudios de la MTV resonaban en las paredes. De vez en cuando, por las tardes, aún oía su histeria fantasmal.

La ventana era circular, como si estuviera en un submarino. Si entrecerraba los ojos y estiraba el cuello de una forma concreta llegaba a ver el Bryant Park. Antes de que los espectáculos de moda se mudaran al Lincoln Center, contemplaba el caos de las carpas blancas apareciendo en el parque como paraguas. Las colecciones de primavera-verano se exhibían en septiembre. Las de otoño-invierno en febrero. Así habían pasado cinco años.

Mi cargo era coordinadora sénior de producción en la división de Biblias. Nadie podía trabajar tanto tiempo en Biblias sin desarrollar un cierto respeto por el objeto en sí. Es un animal difícil y temperamental. Sus páginas son frágiles y propensas a rasgarse, su tripa tiende a hincharse, especial-

mente en la humedad de la temporada del monzón en el Sudeste asiático. Entre todos los libros, la Biblia representa la forma más pura de *packaging* de producto: el mismo contenido empaquetado millones de veces, en nuevas combinaciones *ad infinitum*. Cada temporada me sacaban a la palestra ante las editoriales con las que trabajábamos para exponer las nuevas tendencias en cuero sintético, los últimos avances en plastificados estampados o dorados. He supervisado la producción de tantas biblias que no puedo ver una sin destripar sus variados componentes: tipo de papel, cinta de lectura, guardas, forro y cubierta. Es el libro más vendido del año. De todos los años.

Me senté en mi escritorio. Una vez que empezaba, se me daba bien perder la noción del tiempo. Un poco de Tylenol y pasaba la mañana en una nube. Respondí correos. Medí el ancho de algunos lomos al milímetro. Encargué prototipos actualizados de biblias para los clientes. Redacté especificaciones para nuevos modelos de biblias y los envié a Hong Kong para que los evaluaran. Calculé el volumen y el peso para estimar los costes de embalado y transporte. Recibí una llamada de un editor de Illinois, y le aseguré a su equipo a través del altavoz que el papel de su libro de oraciones contaba con la certificación FSC, sin explotación de bosques tropicales. Olvidé si había almorzado.

Pasé todo el día postergando aquello a lo que temía enfrentarme. La Biblia Gemstone, pensada para chicas preadolescentes, debía venderse junto a un recuerdo que consistía en una piedra semipreciosa engarzada en una cadena de aleación de ley. Las biblias ya estaban impresas, pero las joyas no habían llegado, así que no podían unirlas y embalar los paquetes. Ese mismo día había llegado un correo con malas noticias desde Hong Kong. El proveedor de piedras semipreciosas

que Spectra había contratado acababa de cancelar el encargo. Algunos de sus trabajadores habían contraído varios tipos de enfermedades pulmonares. Se había presentado una demanda colectiva en defensa de los trabajadores y el proveedor se había visto obligado a cerrar.

Busqué en Google «pneumoconiosis» y encontré imágenes de pulmones en formaldehído, pulmones que habían sido radiografiados, pulmones encogidos hasta parecer setas arrugadas. Imágenes impactantes que seguía viendo mientras descolgaba el teléfono para llamar a la editora de New Gate Publishing, domiciliada en Atlanta. Respiré hondo y le expliqué la situación.

—¿Qué es la pneumoconiosis? —me preguntó desde el otro lado de la línea.

—Pneumoconiosis es un término que abarca un grupo de enfermedades pulmonares —le expliqué—. Los trabajadores que muelen y pulen las piedras semipreciosas han estado respirando polvo y han desarrollado enfermedades pulmonares sin saberlo, durante meses o incluso años. Por lo visto, según me dicen desde Hong Kong, los abogados aducen que han estado trabajando en habitaciones sin ventilación y sin ningún tipo de equipo respirador.

—Esto no tiene nada que ver con la Fiebre Shen de las noticias, ¿verdad?

—No, nada que ver —confirmé—. Es un asunto de derechos laborales y seguridad. Los gránulos de piedras preciosas están destrozando sus pulmones. Por eso este asunto es especialmente urgente.

Silencio al otro lado de la línea.

—Quiero decir que están muriendo —aclaré—. El proveedor está congelando todos los contratos. ¿Hola?

Al fin habló, despacio y con sequedad.

—No quiero que parezca que no nos importa, porque obviamente nos importa, pero son noticias decepcionantes.

—Lo entiendo —concedí, y apenas pude contenerme—, pero los trabajadores se están muriendo —repetí, como si lo supiera.

—Ya, pero pasa lo siguiente: no hay nada como la Biblia Gemstone en el mercado y creemos que va a funcionar muy pero que muy bien. Así que querría que me dijeras qué hacemos ahora, en lo que respecta a la Biblia Gemstone. ¿Puede vuestra oficina de Hong Kong encontrar otro proveedor?

Tuve cuidado al elegir las palabras.

—Podríamos intentarlo, sí, pero es un problema de toda la industria. No es solo un proveedor de piedras preciosas. Ahora mismo está pasando en todo Guangdong.

—¿Guangdong? —Su voz sonaba cada vez más desesperada.

—Es una provincia de China, donde se ubican la mayoría de los proveedores de piedras preciosas. No es un incidente aislado. Casi todos los proveedores están sufriendo el mismo problema y parando la producción para evitar pleitos.

—Casi todos... —repetió.

—Sí, casi todos —confirmé, y probé otra estrategia—. Podríamos acompañar la biblia con bisutería. Tenemos un distribuidor de plástico...

Casi podía oír cómo negaba con la cabeza.

—No. No. Estamos volcados en la Biblia Gemstone. Os hicimos un encargo llamado Biblia Gemstone. No vamos a reformular todo el proyecto porque falle un proveedor. —Habla muy rápido, sus palabras tropezaban unas con otras—. No habla nada bien de Spectra que hayáis dejado esto en manos de un proveedor de pacotilla.

—Lo siento mucho —dije mecánicamente—. Las condiciones laborales...

—Lo sé —suspiró—. Todo el mundo dice que hacer encargos a China es arriesgado. No hay regulación laboral. Por eso utilizamos un intermediario como Spectra, porque se supone que vosotros elimináis ese riesgo. Si no, habríamos trabajado directamente con los proveedores.

Comencé a hablar:

—Probemos...

—Así que lo que quiero que hagas, Candace —continuó—, es cambiar de proveedor, buscar otra fuente de piedras preciosas. No puede ser tan difícil. Tienes que mover todos los hilos que puedas, pedir los favores necesarios. Porque, sinceramente, si no sois capaces de hacer esto, vamos a irnos a otra parte, quizá a India. Quizá empecemos a trabajar directamente con los proveedores.

Colgó antes de que pudiera responderle.

Me quedé un segundo con el auricular en la mano. Colgué. Descolgué y volví a colgar, descolgué y colgué, descolgué y lo lancé mientras emitía un sonoro pitido de protesta. Cogí el teléfono con ambas manos y arranqué los cables de la pared. Tiré el conjunto a la papelera. Sin quitarme los tacones metí el pie en el cubo e hice presión hasta escuchar el ¡crac! del plástico roto. Saqué el pie y evalué los daños. Saqué el teléfono de la papelera, lo froté con un poco de desinfectante, lo volví a montar y lo devolví a su sitio.

Descolgué de nuevo y llamé a Hong Kong. Allí eran las seis de la mañana, pero sabía que alguien habría llegado antes al trabajo. Siempre había alguien. Yo había estado en las oficinas de Spectra en Hong Kong. A través de las ventanas se puede ver el sol salir sobre las tiendas de la bahía de Causeway, el Tian Tan Buddha, el Club de Cricket de Hong Kong

y el parque Victoria (llamado así por la propia reina colonizadora, la Reina de Inglaterra), sobre las montañas y sobre el mar, subiendo y subiendo, una fuerza imparable que trae consigo un nuevo día de trabajo.